

Alma Fundadora.

Rafael Serra y Montalvo

Miguel Cabrera Peña
 Profesor y Periodista
 Cubano. Residente en Chile

Rafael Serra y Montalvo se opuso a la hegemonía racial y representó el pensamiento progresista de su tiempo cubano. Fue, además, trabajador sin mengua por la independencia. Muy pocos merecieron, como Serra, la total confianza de José Martí. ¿Pero por qué no acaba de perfilarse su silueta en la historiografía cubana? ¿Qué queda por decir sobre este habanero negro y autodidacta, preocupado por elevar el nivel de instrucción de su raza, periodista y creador de periódicos, ensayista y electo representante a la Cámara en dos ocasiones? ¿Qué queda por decir luego de la biografía premiada de Deschamps Chapeaux?

Lo que falta por distinguir en Serra no es su esfuerzo en la preparación de la guerra para librar a la Isla del colonialismo español. Tampoco su liderazgo en la organización de los negros cubanos en New York, ni su recta actuación en la república deficiente. La ausencia radica –digámoslo ya– en la profundización de su ideario antirracista. Nadie, que sepamos, ha investigado hasta dónde realmente llegó ese ideario, qué significó en relación con el Partido Independiente de Color, qué método, en suma, anuncia frente a la inevitabilidad de la protesta.

Desandando la bibliografía sobre las relaciones raciales en Cuba, se encuentran fragmentos de la labor de Serra en contra de la discriminación racial, pero son únicamente eso, fragmentos, incapaces de abocetar un todo coherente. Piénsese en Deschamps y González Veranes, pasando por Ada Ferrer, que le llama “a prominent black journalist”, y por Aline Helg, que afirma que El Nuevo Criollo de Serra “undermined the dominant ideology of white supremacy and questioned de myth of racial equality”.¹

Sobre este último criterio partiremos para comprobar si, efectivamente, tiene razón la estudiosa. También nos servirá como horizonte para ver en cuánto la sobrepasa, en caso de que ello suceda. Y todo nos llevaría a verificar si exageró Martí al describir a Serra, en septiembre de 1890, como un alma “fundadora y grande”.²

Los primeros veinte años

En el barrio habanero de Monserrate, nació, en 1858, José Rafael Simón Agapito, que pasará a la historia con el escueto Rafael y, como apellidos, Serra y Montalvo. Recuerda Deschamps que, durante la niñez del futuro activista, estaba prohibida para

los negros la enseñanza de historia, dibujo, gramática y geografía, materias que fueron definidas como sabidurías por el capitán general Domingo Dulce.

Aunque su infancia transcurre en la pobre escolita de barrio, Serra tuvo la suerte de venir al mundo de padres libres.³ Así que, incluso, aquella escolita, para un niño negro, era un privilegio si se tiene en cuenta que en los sesenta del XIX la esclavitud todavía llenaba las arcas de la plantocracia nacional. Lamentablemente, la suerte no duró mucho, pues su padre falleció cuando Serra contaba apenas con 13 años.

Algunas relaciones sí debió aprovechar la familia en el momento en que, al abandonar la escuela para satisfacer las necesidades de la casa, logró colocarse como aprendiz de tabaquería, un sector obrero privilegiado que favorecía a la educación. No por gusto la clase pudiente se opuso a los esfuerzos de aquellos artesanos por desarrollar sus conocimientos, que llegaban a través del pronto famoso lector de tabaquería.

Hasta finales de la década de 1880, Serra absorbió con fruición la realidad nacional. Por un lado, España y sus aliados, empeñados en no abandonar la colonia que explotaban al máximo, y por otro, un sector poblacional que partió a la manigua en 1868, rebelándose contra abusivas intransigencias políticas, económicas y sociales. La esclavitud era la más evidente, que contaba con el respaldo de los adinerados azucareros criollos. Los negros, libres y esclavos, serían mayoría en aquel ejército que pelearía durante 10 años.

La búsqueda de la concordia racial prevalecía en Serra cuando, por sus 21 años, radicado en Matanzas, fundó la sociedad de instrucción y recreo La Armonía. Entre otras actividades, se impartieron clases gratuitas a 48 niños, blancos y negros. Pocos meses

antes, en abril de 1879, un joven recién llegado de Francia había inaugurado en La Habana un periódico llamado precisamente *La Fraternidad*, que pugnó por la igualdad racial. Era el independentista Juan Gualberto Gómez.

Conste que *La Fraternidad* no estaba sola, pues otro periódico, *El Ciudadano*, forcejeaba por atraer hacia la órbita española a los cubanos de sangre africana. Tal vez parecería anecdótico que Martín Morúa Delgado, que anuncia ya al notable intelectual en que se transformaría, se contaba entre los creadores de La Armonía, que se acompañó de un decenario del mismo nombre. Pronto Morúa puso a circular *El Pueblo*, mucho mejor definido, pues se presentaba como semanario político y de intereses generales.

El rótulo de *El Pueblo* reproducía la concepción que dominaba entonces entre los intelectuales negros: sin libertad no hay vida, mas sin ilustración no hay libertad. Libertad es aquí sinónimo de abolición e igualdad. En crítica contra los “enemigos de nuestra raza”, respondía entonces Morúa que los descendientes de África lo único que desean y siguen “mendigando” es “un fraternal abrazo y un libro.”⁴

Huelga decir que no es la primera vez que el negro cubano se refiere a la necesidad de incrementar la instrucción. En una sociedad de hegemonía occidental como la cubana, fueron abundantes los ‘consejeros’, simpatizantes y antirracistas blancos que vertieron el tema en una larga práctica discursiva, para utilizar un término de *La arqueología del saber*. El Estado republicano isleño se encargaría de extenderla, profundizarla y redondear su institucionalización. Saber, como se ha escrito desde tiempos inmemoriales, es poder, pero la culpa de la pobreza de los negros no cae, según este discurso, sobre el régimen

republicano que sustituiría a la esclavitud, sino sobre el propio negro, escaso de cultura

No podríamos descartar totalmente aquí la influencia que ejerció la Reconstrucción en el sur de Estados Unidos, durante la cual se alfabetizó un relevante número de descendientes de África. Tanto Martí como Serra conocerían de este período, y el primero lo indica en uno de sus escritos.⁵ Aquella alfabetización masiva fue una hazaña histórica de la raza negra, a la cual contribuyeron blancos radicales. De acuerdo con Berghe, la Reconstrucción fue lo más cerca de una revolución social en Estados Unidos.⁶

El exilio

A pesar de que, al parecer, se abrían espacios a la discusión de ideas mediante el periodismo, este sería pronto cercenado por la metrópoli, luego de que un grupo de patriotas, entre ellos, los generales negros José Maceo, Guillermo Moncada, Cecilio González y Quintín Bandera, recomenzarían la que pasaría a la historia como Guerra Chiquita (1879-1880), de casi un año de duración.

En el nuevo reclamo bélico, muchos ex mambises blancos estuvieron ausentes, mientras otros titubeaban, y no pocos se acercarían al autonomismo. Sin embargo, el sí inmediato a la guerra de altos oficiales negros dio pábulo a la renovación de la campaña racista que acusa a Antonio Maceo, quien, por celos de jerarquía y prejuicios raciales, no llegó a participar en esta insurrección, de intentar erigirse en el jefe de una “República Negra”. Estos miedos enseñaron la oreja en 1868, eco, asimismo, de la revolución antiesclavista y anticolonial que concluyó en Haití a principios de aquel siglo. Era miedo en realidad, y era, asimismo, pretexto, jugada propagandística que proyectaba dividir al nacionalis-

mo isleño. Si España protagonizaba esta campaña, personalidades blancas en la rebelión, por más de un costado, le echaron combustible.

Los de la Guerra Chiquita son meses de muchos exiliados y de intensa persecución contra civiles: José Martí y Juan Gualberto Gómez salen, a poco tiempo uno del otro, desterrado el primero y preso, el segundo. Ya desde antes, Serra, Morúa y otros intelectuales de raza negra conspiraban en Matanzas en pro de una nueva contienda. España puso fin a sus acciones. El ardid para lograrlo tuvo como centro a un coronel de bomberos que busca alistarlos bajo su mando y, de esta manera, anularlos. Morúa y Serra partieron al exilio norteamericano. Con el tiempo, polemizarían entre ellos sobre más de un tema de la convivencia nacional.

Luego de pertenecer, fugazmente, en Cayo Hueso a un club separatista, Serra se trasladó a Nueva York, donde se incorporó al plan encabezado por Máximo Gómez y Antonio Maceo (1884). Se le designó teniente ayudante de Agustín Cebreco, otro brigadier afrocubano. El fracaso de aquel intento bélico dispersó por varios territorios del continente a los miembros de la expedición San Jacinto. En pocos meses, Serra regresó a Nueva York.

Además de conspirar, recaudar dinero para la guerra que estallaría en 1895 y trabajar como tabaquero, Serra prosiguió su tarea de enseñar a leer y escribir a compatriotas negros y, si eran alfabetos, a elevar sus conocimientos.

A veces se escapa una situación psíquica nada despreciable en el negro cubano que peleó en las luchas emancipatorias o vivió los tiempos de la guerra, y es el reajuste o corrección en muchos de ellos de la autoestima lastimada por la esclavitud. Como consecuencia de la participación masiva de la raza negra en

la contienda, muchos sintieron orgullo (se veían caballeros cubanos, ciudadanos y pensadores).⁷ Esto también debió influir positivamente en Serra.

Se ha aludido a esta corrección en los combatientes, pero sin duda que aquellos afrocubanos que no estuvieron en los campos de batalla también se fueron librando de un problema al cual Albert Memmi y el psiquiatra Frantz Fanon dedican páginas insoslayables en relación con el colonizado. W. E. B. DuBois lo definiría como una capa de plomo que hace sufrir al negro una permanente distorsión de su personalidad.⁸ Para los que todavía sufren de tal distorsión, Martí indica la necesidad de “levantarle al negro la altivez”.⁹

Contra la propaganda racista

Si España y algunos de sus seguidores llegaban a convencer al nacionalismo cubano de que la lucha anticolonial conduciría a una guerra de razas, tendrían el control del país asegurado. Y es esta una de las razones por la que no sólo Martí, sino Maceo, Serra y otros, tienen que negar enfáticamente tal posibilidad. El tabaquero condenará, por su parte, los “temores infundados y hasta injuriosa prevención [que] abrigan muchos contra futuras y étnicas contiendas; contra contiendas innecesarias e imposibles”.¹⁰

La anterior se erige también como razón fundamental para que el lapso entre guerras no califique para llamadas a protestas y acciones reivindicatorias, lo cual, por cierto, no quiere decir que Juan Gualberto Gómez y su Directorio General de Sociedades de Color dejaran el tema de lado en Cuba, incluso que arrancaran a España reivindicaciones al menos formales.

Se producen, durante años, dos ámbitos —y al mismo tiempo dos niveles— de lucha

antirracista: uno, entre varios de los que preparaban más públicamente la guerra en Estados Unidos, y otro, en la Isla, en particular entre los miembros del Directorio. No obstante, Martí, Maceo, Serra y el propio Juan Gualberto saben que únicamente después del triunfo revolucionario podrían plantearse luchas sociales con verdaderas expectativas reivindicatorias.

La historia de la Isla obliga entonces a reevaluar la radicalidad del antirracismo entre los sectores más progresistas del nacionalismo cubano en las postrimerías del XIX. Aquí hay que partir no tanto por lo que se logró como por lo que se criticó, por las constantes advertencias sobre la igualdad racial que debía ponerse en práctica una vez conseguido el triunfo revolucionario, en la democracia a implantar mediante la guerra. Pero no sólo la igualdad. Lo trascendente de este período fue el descubrimiento del método para llevar a cabo esas luchas sociales.

Quien revise con cuidado las obras de Martí y Maceo, por ejemplo, podrá comprobar que mientras el segundo se muestra más bien parco en sus críticas contra la discriminación —lo que desde luego indica que las realizó—, son las opiniones muchas veces duras de Martí las que pondrán con frecuencia el problema sobre el tapete independentista. Si un líder como Maceo menudeaba sus criterios, hubiera sido tachado de ambicioso y de querer poner a su raza en el poder, mientras que si Martí lo hacía no se podía atacar el asunto desde el mismo ángulo. Base muy firme tuvo la elogiosa estimación que expresó Antonio sobre la labor antirracista de Martí.¹¹

Aunque consciente de que existen roces y difíciles vínculos entre la gestación de la guerra y la exigencia de derechos para el negro, Serra publicó sus *Ensayos políticos*, de evi-

dente entraña martiana, que el propio poeta reseña en uno de sus artículos en *Patria*: “Hay que sentir de veras amor por los que sufren de injusticia; y los que sufren de injusticia han de amar el deber de conquistar su decoro”. Y prosigue la dilatada cita que hace Martí de *Ensayos políticos*:

“Debo usar de la palabra para advertir, aunque son siempre amargas las verdades, que si los cubanos en general, faltos de lógica, faltos de bondad y de viril acción, luchan por obtener una libertad ‘sin todos ni para todos’, lucharemos y volveremos a luchar, moriremos luchando...”¹²

Estos planteos también son del poeta —con cita suya incluida—, y ambos se adelantan a combatir al racismo que saben continuaría en la república. Una frase como ésta de Serra, de las que Martí llama viriles, le hubiera resultado contraproducente, por ejemplo, a Juan Gualberto y al Directorio en la Isla, teatro preliminar de una nueva guerra. Siempre sospechosos de laborantismo, Juan Gualberto no podía escribir sobre lo que sucedería luego de la victoria revolucionaria.

Amparado en el respeto que inspiraban, Martí y Serra trasponen más de una vez lo que para otros líderes negros, por sus estatus, roles y contextos, era una ardua, difícil frontera. Y no sólo por la necesidad vital de unión entre los independentistas, sino por la relación que estableció el discurso hegemónico entre la lucha emancipatoria y las supuestas ambiciones de los negros de domeñar al país.

Nos detendremos nuevamente en el poeta, porque resulta imposible comprender el activismo y el pensamiento de Serra sobre las relaciones raciales en Cuba si no se tiene en cuenta su proximidad, su ejemplar amistad

con Martí y la interpretación que llevó a cabo del corpus de su pensamiento.¹³

La Liga

Apenas se sabe de los vínculos de Serra y Martí antes de que éste le cursara invitación para que hablara, en octubre de 1888, en el acto por otro aniversario del inicio de la gesta nacionalista. Pero es en la invitación general a la comunidad cubana en New York donde, en vez de describir lo que habrá en aquella reunión, el poeta anota lo contrario, o sea, lo que no habrá: “odiosas divisiones y punibles desdenes”, e impondrá a Serra de una idea decisiva: “preparamos los elementos de una sociedad reparadora”.¹⁴

Esta invitación fue uno de los actos antirracistas más singulares del poeta y que Serra aquilató hasta sus últimas consecuencias. La invitación cooperaba no únicamente en visibilizar al negro entre la élite política del exilio, sino también visibilizarlo para la paz democrática, para el momento de la reparación. Además, Martí ayuda así a que la voz del subordinado, del que sufría discriminación, se escuche.

Dos temas abordaría Serra con ahínco en sus intervenciones públicas: independencia e igualdad racial. Para esa misma fecha, por cierto, Martí convidó al reputado general blanco Emilio Núñez a hablar contra la discriminación, porque a los negros se les dice poco menos que bestias, le escribe el poeta. Erraría quien no vincule el muy probable liderazgo antirracista de Serra en la futura democracia con la decisión martiana de no autorizarlo a ir a la guerra de 1895, cuando su amigo se disponía a tomar su equipo de soldado del ejército libertador.¹⁵

La afinidad entre ambos se intensificó desde 1888 en adelante. No sólo Martí dirigió muy exactos elogios a Serra, también

dejó explícita su intención, en el periódico *Patria* el 26 de marzo de 1892, de dedicarle un libro. El afrocubano, por su parte, no tuvo reparo en maridar una afirmación como “Martí es la democracia” y construirlo como “Apóstol”. Esto tuvo lugar en una defensa pública que hizo de Martí.¹⁶

La Sociedad Protectora de la Instrucción, La Liga, fue otro de los empeños de Serra.¹⁷ La Liga continuaba, en escenario distinto, a La Armonía, con la diferencia de que Martí jugó en La Liga un rol fundamental. Amén de conseguir a gran parte de los profesores, luego de las clases con que se ganaba el sustento, acudía a enseñar gratuitamente (divergen los autores sobre cuáles días de la semana asistía) a las aulas de La Liga. Como su antecesora, aceptaba estudiantes pobres de raza blanca.

Los de La Liga serían momentos que el poeta aprovecharía para dialogar sobre igualdad, relaciones raciales y la necesidad de no soportar pasivamente la “soberbia”, como llamaba a la actitud discriminatoria. Claro que La Liga también se convertiría en fuente de combatientes contra el colonialismo. La libertad de que gozaban los alumnos se refleja en las puntiagudas interrogaciones que Serra y otros le formulan al poeta sobre el viaje de Anacarsis.¹⁸

En La Liga ostentaba Martí las responsabilidades de Inspector Maestro y Presidente Honorario. Fue en esta sociedad donde surgió el apelativo que lo acompañaría para siempre: Maestro, y se ha dicho que la idea de crear el periódico *Patria*. El poeta fue también el mayor publicista de la sociedad, y sus textos al respecto son bastante conocidos. En uno de ellos señala que la institución la pagan obreros negros “con el sacrificio de sus difíciles salarios”, y no falta el dardo antirracista contra el que no respeta el esfuerzo de superación de:

“unos cuantos obreros cubanos, obreros de color, de esos obreros nuestros, que, aunque parezca burla a algún inútil, tienen abierta en su mesa de trabajar, de ganarse el pan fiero e independiente, la Educación, de Spencer, o el Bonaparte de Lung, o la Vida de Plutarco...”¹⁹

No fue suceso aislado la fundación de La Liga. A ella siguieron otras de su índole en Estados Unidos y Cuba. En la Isla las orienta el Directorio que, según Deschamps y Horrego Estuch, trabaja en estrecha relación con Martí.²⁰ Por cierto que en Key West se añade la que estos autores designan bajo el nombre de Gran Orden de Misioneros No. 1, “de carácter fraternal, que preside el V. D. Juan Pascual”.²¹

En la república

Para adentrarnos en la ideología antirracista de Serra, precisa que saltemos muchos esfuerzos y peripecias revolucionarias, discordias, fracasos, desengaños, la muerte de Martí en combate, tres años de guerra, la intervención norteamericana y, finalmente, la instalación de una república que, no solamente por la imposición de la Enmienda Platt, nace oprimida. Uno de sus signos de opresión radicó en prejuicios sobradamente ejercitados.

Con militancia en el Partido Nacional, acuñado como moderado, Serra gana en dos ocasiones las elecciones a la Cámara —1904 y 1908—, pero ya anexionistas y autonomistas habían sido objeto de su crítica. Personalidades con estas posturas (ideólogos del autonomismo se destacan por su talante prejuicioso) ocupan puestos capitales en el gobierno en desmedro de independentistas capacitados, aduce Serra. Tampoco escasearon sus flechas contra los

llamados juzgados correccionales, donde un sólo hombre, blanco y muchas veces con prejuicios raciales, impartía justicia en brevísimos procesos sin derecho a apelación.

Entre otras penetraciones en defensa del pensamiento martiano, que lo llevó a mantener una sección con su nombre en el semanario *El Nuevo Criollo* y a publicar el decenario *La Doctrina de Martí*, intensifica Serra sus ataques contra la preterición de la población negra. Téngase presente que cuando aún permanece sin publicar gran parte de la obra martiana, el tabaquero pasa a ser uno de los primeros exégetas del líder político. Muy en la memoria tuvo Serra aquella sentencia en que Martí menciona a los que “están prontos a morir por el derecho del hombre, sea negro o blanco”²², y de la cual ya vimos una resonancia en el tabaquero.

Es así cómo Serra tiene seguridad de que la “obra reparadora” no constituye palabrería vana. Sostenida por otras actitudes y criterios, sólo recordaremos la carta del autor de “Nuestra América” a su amigo negro Juan Bonilla, también alumno de La Liga. Martí le escribe que “estos no son más que los preliminares de una gran campaña, una campaña redentora y activa, y tal que después de ella los malos no se atreverán a serlo tanto. Así la sueño y así se verá que la vamos a hacer”.²³ Para esto también servirá la república, para una gran campaña anti-rracista.

Por esos días, Martí está sembrando ideas para que hombres como Serra las pongan en práctica en tiempos venideros. “Estoy cumpliendo mi deber de miembro de La Liga de modo que no se ve ahora, pero ha de sentirse luego”.²⁴ Claro que Serra se convertirá en uno de los que harán sentir luego —en la idea y en la práctica— el cumplimiento del deber martiano: “la campaña

redentora y activa”. Aquí se percibe más diáfano una de las razones por las que no permite que Serra acuda a la guerra.

A Estados Unidos en busca de experiencia

Quizá basten los antecedentes expuestos para comenzar a desentrañar la labor anti-rracista de Serra en textos como *La república posible*, ensayo póstumo que, en nuestra opinión, es su análisis más sagaz y combativo. En octubre de 1909, el mismo año en que Serra fallece, saldrá a la luz este opúsculo, de apenas doce apretadas páginas. Pero un suceso conmoverá al país un trienio más tarde, en 1912, del cual Serra no será totalmente ajeno, aunque ya no está en este mundo.

Una autora asegura que en 1905 el periodista habanero regresa, sin duda brevemente, pues ya es representante, a Estados Unidos, en compañía de Evaristo Estenoz, “to visit with black organizations”.²⁵ Estenoz, ex teniente mambí, se convertirá en el líder del aún no fundado Partido Independiente de Color.

Uno de los objetivos del viaje es indagar la situación en que los afroamericanos desarrollan su lucha por la igualdad, asunto previamente observado por Martí y Serra. Incluso, una de las justificaciones del antianexionismo del segundo se basa en que “no puede convenir la anexión [a Estados Unidos] al negro cubano porque ya conoce éste que, cuando se dice negro, deja de existir la justicia, la humanidad y la conciencia entre gran parte de los americanos”.²⁶ A la par de tales criterios, se fija el tabaquero en que, si bien es cierta la crudeza de la segregación en Estados Unidos, allí el negro progresa con mayor rapidez que el afrocubano. Otra vez Serra llevaba razón.²⁷

Exiliado por más de dos décadas en el país del norte, tuvo noticia de Frederick Douglass, el primer afroamericano de estatura nacional, a quien Martí sigue los pasos en sus crónicas, y de otros personajes como el abolicionista y sacerdote Henry H. Garnet, en cuyo deceso, en 1882, le dedica el poeta una alabanza. Sin duda que todos los cubanos en Estados Unidos conocieron de la abierta solidaridad de organizaciones y personalidades afroamericanas con la independencia isleña, lo cual se constituye, por la involucración del “black nationalism”, en tema para otro artículo.²⁸

Pero aunque la figura de Booker T. Washington acopia desde antes de en 1905 gran porción de fama entre los afroamericanos, W. E. B. DuBois ya ha escrito en un capítulo en *The Souls of Black Folk* —probablemente Serra lo leyó— una fuerte andanada contra Washington. Éste ofreció a la hegemonía blanca sureña la aceptación de la falta de derechos y “some measure of segregation”,²⁹ a cambio de la promesa de permitir la participación de los negros en el crecimiento económico que la inversión del Norte generaría en el Sur. Su gran bandera fue la educación industrial del afroamericano. Nada ocioso sería recordar que DuBois rectifica, en el ocaso de su vida, sus explosivos criterios contra Washington.

Son tiempos en que William Monroe Trotter (1872-1934), fundador, con George Forbes, del relevante *The Boston Guardian*, anda también activo. Y vale señalar que a este brillante alumno de Harvard, que logra al cabo un Master of Arts, firma, con DuBois, la conmovedora “Declaration of Principles”, donde no aceptan la inferioridad ni restan énfasis a los derechos civiles. No huelga recordar, por lo que veremos sobre las concepciones de Serra, que a Trotter se le considerará un precursor de la resistencia pacífica.

1905 es el año de fundación del Movimiento Niágara, concebido para demandar plena libertad de palabra, voto sin limitaciones y abolición de cualquier distinción establecida sobre criterios raciales. El movimiento se refunde en 1909 en la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color (NAACP, por sus siglas en inglés), y tiene a DuBois entre sus directivos. La NAACP, de inúmeros avatares que llegan hasta hoy, se estableció sobre la mezcla un tanto informe de radicales como DuBois y Trotter, remanentes abolicionistas y blancos filantrópicos, liberales y pro integración. Trotter se separará de ésta por lo que consideró supremacía y financiamiento blanco, y reorganizó una suerte de rival, la National Equal Rights League (NERL), también de extendidos acontecimientos hasta su desaparición.

Los primeros años del siglo encuentran a líderes afroamericanos buscando vías de respuesta al racismo. Tratan de salir de la lentitud, de cierta inercia que afectó la lucha por los derechos civiles en el ocaso del XIX. En Cuba, en tanto, se gestaban las circunstancias para la fundación de las agrupaciones que integrarían al Partido Independiente de Color, víctimas finalmente de una de las represiones continentales más despiadadas en tiempos de paz.

Una pregunta capital

La pregunta que sigue, después de mencionar el viaje de Serra y Estenoz a Estados Unidos, es la siguiente: ¿Hubieran los Independientes de Color, con Serra vivo, con sus prestigios, con la experiencia de muchos años en las batallas periodísticas contra la discriminación y, sobre todo, con la influencia latente de Martí, variado el camino hacia lo que algunos estudiosos llaman protesta armada, masacre o guerrita de 1912?

Sin duda que existieron coincidencias en muchos puntos entre Serra y el ex teniente mambí. La reaparición del periódico *Previsión*, vocero de los Independientes, la registra Serra en su obra: “los chispazos aislados son siempre precursores de algo grande y concreto”.³⁰ Otras alusiones dirige Serra a la situación que reina en el país poco antes de su fallecimiento en octubre de 1909, a la temprana edad de 51 años.

Precisamente en *La república posible*, que es un homenaje a Martí y la puesta en plaza pública de varios de los más graves males políticos, sociales, económicos y raciales del momento, muestra Serra cuál es el camino que prevé para las luchas civiles, va a una idea central cuando escribe sobre “la justa y decorosa defensiva” que “los negros, dentro de la justicia y la ley, llevan a cabo para cambiar no las leyes sino sus manifestaciones”.³¹ Resulta difícil titubear en torno a un acercamiento aquí a la teorización de la resistencia pacífica, una idea, por cierto, también martiana.

Oscureceríamos este tema si no recordamos al menos un par de frases en que Martí refiere la forma de lucha que debía asumir la demanda de derechos por parte de los negros. Con respecto a los afroamericanos, el poeta reproduce que en un congreso éstos abogaron por protestar en todas partes,³² frase que, por su ubicuidad, refleja, obligatoriamente, protesta colectiva.

Sobre Serra expresa Martí que ha “sabido salir puro, sin ceder ni odiar, de las afrentas de la esclavitud”.³³ Y en otra parte indica que Serra, “descendiente de esclavos como es, ayuda sin ira y sin sosiego, a crear hombres libres”.³⁴ No ceder al racismo será el ingrediente de un perdón que no cesaría en la demanda de justicia.

Defender y amar son dos incitaciones que escribe también a Serra. En el artículo

mencionado, el bardo expone que Serra congenia “las iras más santas con la benignidad que las hace útiles”.³⁵ Sin la más mínima intención de ser exhaustivos, podríamos aquí anotar que, contra la lucha clasista de Carlos Marx, el cubano propone, tan temprano como en 1883, el “remedio blando al daño”. Pero tal remedio no lo muestra como método de voz baja, al cual hay que acercarse de manera pusilánime, sino que impele a que se enseñe este tipo de solución no violenta.³⁶ Vale advertir que al venir del XIX y las enseñanzas martianas, Serra se ha abierto, antes de publicar *La república posible*, a los vislumbres de la resistencia pacífica.

No analizaremos acá las discusiones actuales sobre las movibles fronteras de tal legalidad ni términos paralelos —tal vez más precisos— que el de lucha o resistencia pacífica. Tampoco tenemos espacio aquí para una hipótesis sobre cómo llegó Martí al método antes visto. Un paralelismo con Gandhi pasaría por su compleja religiosidad y sus lecturas, varias de ellas coincidentes con las que declaró el héroe indio que le facilitaron arribar al método. En más de una ocasión, Martí aludió en su obra a Henry David Thoreau, pero no existe certeza sobre si leyó el famoso *Civil Disobedience*.

Un lustro antes de su muerte, el 15 de octubre de 1904 (a un año del viaje a Estados Unidos), en el semanario *El Nuevo Criollo*, que se pronunció en pro de la educación masiva, por crear puestos públicos para los negros y donde se criticó a la iglesia católica por no permitir a la raza en sus colegios,³⁷ escribe Serra, en obvia resonancia martiana, que “la obra de la conquista del derecho ha comenzado”, y esta “lucha” se llevará a efecto de “manera ordenada y visible”, pues ello es preferible, agrega, a caer en la desesperación o en el escepticismo, que da origen a la “peligrosa rebeldía o el retraimiento”. Será una

lucha social pacífica. Así la expuso Martí, además, en relación con las huelgas y protestas por los derechos obreros.³⁸

Para la conquista que se inicia, señala Serra en *La república posible* a los “activos elementos populares”, a quienes falta el “el pasaporte de estirpe”. Éstos ya “se entienden y se ponen de acuerdo”.³⁹ Apegado al latir de las masas y en el seno del liderazgo negro, ya en 1904 —antes que Mohandas “Mahatma” Gandhi ideara el método que lo hará célebre— este afro cubano engrana las nuevas circunstancias, las de la república democrática, con las concepciones martianas.

Serra formula no sólo una brillante interpretación del pensamiento del poeta —prefiguración del de Gandhi—, sino que ofrece, en su momento histórico idóneo, la vía para alcanzar los derechos humanos de los negros, comprobación que llega con el movimiento que liderará Martin Luther King, Jr., quien, por cierto, al igual que Serra y Estenez viajaron a Estados Unidos, él viajó a la India en 1959 para conocer el terreno y las condiciones donde Gandhi había desarrollado su lucha.

La conexión

Pero qué conexión real tienen los proyectos de Serra con el Partido Independiente de Color en su sentido práctico, en su activismo. En el periódico *Previsión*, considerado vital para el fortalecimiento del Partido, y que se editaba bajo el liderazgo de Estenez, el general Pedro Ivonet y el periodista Gregorio Surín, se mostró lo que parece señorear entonces entre sus líderes, que sólo en 1909, ya enfermo Serra, consintieron en la protesta armada.⁴⁰ En un texto publicado bajo el título “Carta Abierta”, se expresa: “Nadie ha pensado en levantarse en armas porque todos los hombres de color nos damos

cuenta exacta de lo que sucedería (...). Por eso nuestra lucha es ordenada y legal”.⁴¹

Esta visión de la resistencia pacífica fue la que propuso y sobre la que tuvo que hablar Serra, obligatoriamente, a los Independientes de Color, cuyas primeras agrupaciones aparecen en 1908. En muchas ocasiones, debió analizar con Estenez y otros líderes esa lucha ordenada y legal. Era la manera de entenderse y ponerse de acuerdo, pero también el sendero con destino a la reparación que advertiera Martí.

Fijémonos en que la “Carta Abierta” en *Previsión* dice casi las mismas palabras que le hemos escuchado al amigo de Martí. Serra habló de lucha “ordenada y visible”, “dentro de la justicia y la ley”, y el periódico caracteriza el método, desechado con posterioridad ante la negativa de permitir a los Independientes convertirse en partido, amén de otras muchas presiones y represiones por parte de la hegemonía, como lucha “ordenada y legal”.

El Partido Independiente de Color fue el primer partido político de integración negra en nuestro hemisferio, pero su antecedente teórico más importante estuvo en la resistencia no violenta, en el pensamiento conjugado de Martí y Serra. No por gusto, el autor Tomás Fernández Robaina insiste en la presencia del poeta entre los Independientes, quienes justificaron la creación del Partido precisamente por el fracaso en la república de los ideales de igualdad preconizados por Martí.⁴²

Serra habla directamente de la “peligrosa rebeldía” para evitar lo que sobrevendría luego, la confusión de la lucha pacífica con el conato armado, no raro en un entorno donde en asonadas y alzamientos era en lo primero que se pensaba ante un obstáculo político. Mantenerse al margen —el retraerse—, Serra lo considera igualmente peligroso.

Se puede aquilatar una vez más la huella de Serra entre los Independientes cuando, al efectuarse en La Habana una reunión en mayo de 1912, todavía un grupo planteó continuar la lucha dentro de la legalidad. Se afirma que Estenoz se opuso personalmente a la protesta armada, pero en consulta realizada a los comités del Partido a lo largo de la Isla, una inmensa mayoría estuvo a favor del alzamiento.⁴³ Entre los 3 mil y 6 mil negros que asesinó el gobierno durante la protesta de 1912,⁴⁴ cayeron también Ivonet y Estenoz. El cadáver de este último fue exhibido públicamente, como se hacía con delincuentes famosos.

Hay que estar de acuerdo con Aline Helg en que el autodidacta dinamitó la ideología racial dominante, pero también fue más allá con respecto a la plasmación de un ideal libertario en la sociedad: la resistencia pacífica. Si efectivamente Martí “nos enseñó a ser indóciles contra toda forma de tiranía, contra toda soberbia”,⁴⁵ como dice Serra, entre ambos conformaron una idea clara sobre cómo habrían de enfrentarse tales imposiciones, y sin duda que ambos se cuentan entre los pioneros en exponer un método que hoy se considera de imprescindible utilización para lograr la igualdad y el respeto de los derechos fundamentales de los hombres.

Precedencia fundadora

Podemos recordar que fue en el mitin del 11 de septiembre de 1906, que tuvo lugar en

el Empire Theatre de Johannesburgo, cuando a Gandhi se le derrumbó la pared que hasta ese instante le impedía anexar el no sometimiento, sin causar daño a sus semejantes, con las devociones religiosas que desde muy temprano esgrimió. Se dirimía en aquel teatro la respuesta a una reciente ley (La Ordenanza Enmienda a la Ley Asiática) contra la comunidad india en Sudáfrica, que, amén de humillarla, le recortaba sus ya esmirriados derechos.

La reunión termina con un juramento solemne y general (“con Dios por testigo”) de que no aceptarían la Ley de Empadronamiento de los Asiáticos.⁴⁶ Fue esta decisión unánime la que despertó a Gandhi a un modo nuevo de resistencia sociopolítica. Pero ni aquel día augural pudo explicarla —dice uno de sus mejores biógrafos—, porque ni él mismo lo sabía. En esa jornada, intuyó lo que a poco delinearé.⁴⁷ José Antonio Reyna coincide en que el Mahatma no llegó al mitin con un plan premeditado de acción, con lineamientos definidos.⁴⁸

Si en septiembre de 1906 el prócer indio comienza a tantear la doctrina que abriría la puerta a un método inédito de resistencia y de hacer política, ya en Cuba la teoría era virtualmente un hecho, en honor a la verdad histórica. Los enfoques de Martí y Serra colocaban a la Isla en condiciones de excepción para ascender con éxito la áspera cuesta de la lucha contra el racismo. En breve tiempo, las condiciones y las esperanzas, sin embargo, se quebraron.

Notas

- 1- Véase Helg, Aline. *Our Rightful Share. The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912*. The University of North Carolina Press: 1995: 137; Deschamps Chapeaux, Pedro. *Rafael Serra y Montalvo: obrero incansable de nuestra independencia*. La Habana: UNEAC, 1974; González Veranes, Pedro. *Rafael Serra, patriota y revolucionario; fraternal amigo de Martí*. La Habana: Oficina del Historiador de La Habana, 1959; Ferrer, Ada. *Insurgent Cuba: Race, Nation, and Revolution, 1868-1898*. The University of North Carolina Press: 1999: 124
- 2- Martí, José. *Obras Completas XX* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro, 1975): 372.
- 3- Deschamps no establece una única posición, pues poco después cita a Serra y éste dice que sus padres eran esclavos. Deschamps Chapeaux, Pedro. *Ob. Cit.* 23 y 29
- 4- Deschamps Chapeaux, Pedro. *Ob. Cit.* 35
- 5- Martí, José. *Ob. Cit.* X: 97.
- 6- Berghe, P. L. Van Den. *Problemas Raciales*. México: Fondo de Cultura Económica, 1971: 142. En la página 143, este autor cita el estudio *Black Reconstrucción*, de W. E. B. DuBois, donde se afirma que para 1870 se habían establecido 4 mil 200 escuelas, con cerca de 9 mil 300 profesores y 24 mil alumnos
- 7- Martínez, Fernando. “Ricardo Batrell Empuña la Pluma”. En *Espacios, Silencios y los Sentidos de la Libertad. Cuba entre 1878 y 1912* [Fernando Martínez, Rebecca J. Scott y Orlando García eds.] (La Habana: UNION, 2001: 309).
- 8- Citado por Gorlier, Claudio. *Historia de los negros de los Estados Unidos* (Madrid: Iberoamericana, 1968): 218
- 9- Martí, José. “Para las Escenas”. *Anuario Martiano* (1978): 33-34. Otros independentistas se dieron cuenta de esta ganancia. Fermín Valdés Domínguez, el más próximo amigo blanco de Martí, indica a “muchos hombres de color que se sentían con bastante personalidad” para dolerse del atraso de la esclavitud y romper en el exilio los hierros de la dominación. Deschamps Chapeaux, Pedro. *Ob. Cit.* 42.
- 10- Deschamps Chapeaux, Pedro. *Ob. Cit.* 70.
- 11- Maceo dijo: [Martí] “con su cerebro iluminador despeja las sombras que dejó la esclavitud a nuestro pueblo”. Ramírez, Rafael, (ed). *Martí-Maceo: cartas cruzadas* (Santiago de Cuba: Editorial Oriente, 2003): 155.
- 12- Martí, José. *Ob. Cit.* V: 201-202.
- 13- Para una idea sobre las características y temas del antirracismo martiano, léase Miguel Cabrera Peña. *Cuba, el delirio y la historia* (Canada: Trafford, 2006): 77-127.
- 14- Deschamps, Chapeaux, Pedro. *Ob. Cit.* 45.
- 15- Deschamps Chapeaux, Pedro. *Ob. Cit.* 107.
- 16- Serra, Rafael. “Martí es la Democracia”. En *Anuario del Centro de Estudios Martianos* (La Habana: ACEM, 1982): 273.
- 17- Deschamps Chapeaux, Pedro. “El Directorio de Sociedades de Color y la Guerra del 95”. En *Anuario del Centro de Estudios Martianos* (La Habana: ACEM, 1982).
- 18- Martí José. *Ob. Cit.* XX: 372.
- 19- Martí, José. *Ob. Cit.* V: 267.
- 20- Deschamps Chapeaux, Pedro. *Rafael...Ob. Cit.* 66; además, Horrego, Estuch L. Juan Gualberto Gómez: un gran inconforme (La Habana: Ciencias Sociales, 2004): 57.
- 21- De la introducción al libro de Leopoldo Horrego Estuch, Martín Morúa Delgado: vida y mensaje (La Habana: Sánchez, 1957), y del nombre Juan Pascual reiterado en la entidad de Key West, el estudioso Enrique Sosa sugiere, con harta probabilidad, que la Orden de Misioneros No. 1 es la que constituían abakuás o ñañigos y sobre la cual escribirá Martí elogiosamente. Sosa se pregunta si

- “¿fue ese ejemplo seguido por otras sociedades ñáñigas en Cuba? No parece lógico sustentar ese trabajo patriótico del Directorio sin suponerlo para las “tierras” ñáñigas existentes en Cuba, o al menos para alguna de ellas”. Para otros detalles véase, de Sosa, Enrique. “Ñáñigos en Key West (1880?-1923?)” *Catauro, Revista Cubana de Antropología* 2: 3 (enero-junio 2001): 159-171.
- 22- Martí, José. Ob. Cit. IV: 436.
- 23- Martí, José. Ob. Cit. XX: 424.
- 24- Ibidem
- 25- Helg, Aline. Ob. Cit. 142.
- 26- Deschamps Chapeaux, Pedro. Rafael ...Ob. Cit. 148.
- 27- Un cotejo de las estadísticas sociales que brindan Woodson Carter, G. y Charles H. Wesley *The Negro in Our History* (Washington, DC: Associated Publishers, 1962: 449-459), y las que analiza también sobre un período cercano al 1900 en Cuba el autor Alejandro de la Fuente (*Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba 1900-2000* (Madrid: Colibrí, 2001): 204 y 215), expresan una abrumadora diferencia a favor de los afronorteamericanos, teniendo en cuenta, desde luego, la mayor población de raza negra en EEUU.
- 28- Foner, S. Philip. *A History of Cuba and its Relations with the United States* (New York: International Monthly Review, 1962): 243, and Frederick Douglass 2 (New York: Citadel Press, 1964): 288; sobre el “black nationalism,” véase Brock, Lisa. “Regreso al Futuro. Cuba entre los Afronorteamericanos”. *Temas* 8 (octubre-diciembre 1996); Cole, Johnnetta B. “Afro-American Solidarity with Cuba”. *Black Scholar* 8-10 (1977): 73-80. Más datos sobre solidaridad y conocimiento mutuo en Brock, Lisa y Castañeda, Digna (eds). *Between Race and Empire: African-Americans and Cubans Before the Cuban Revolution* (Philadelphia: Temple University Press, 1998).
- 29- Harlan, Lous R. Booker T. Washington. *The Wizard of Tuskegee 1901-1915*. Oxford University Press, 1983: VIII
- 30- Deschamps Chapeaux, Pedro. Rafael. . . Ob. cit: 180
- 31- Serra, Rafael. *La república posible*. Obra póstuma. (sin ed.), 1909.
- 32- Martí, José. Ob. cit.: 264, vol. XI
- 33- Martí, José. Ob. cit. V: 202. Ideas similares expresa Martí en 473, vol. XX; 380, vol. IV; y IX: 388
- 34- Deschamps, Chapeaux Pedro. Rafael. . . Ob. cit: 47
- 35- Martí, José. Ob. cit: 380, vol. IV
- 36- Martí, José. Ob. cit: 338, vol. IX
- 37- Para más detalles sobre la labor de Serra. Helg Aline. Ob. cit: 133-137, entre otras.
- 38- Imprescindible en este aspecto, el notable estudio de Mestas, José. *El pensamiento social de José Martí: Ideología y cuestión obrera*. Madrid: Editorial Pliegos, 1993
- 39- Subrayados nuestros
- 40- Durante 1909 es que el tono del Partido “turned virulent”. Helg, Aline. Ob. cit: 164
- 41- Subrayado nuestro. Pérez, Antonio, “Carta Abierta”, *Previsión* (1910, 24 de mayo): 7
- 42- Fernández Robaina, Tomás. *El negro en Cuba 1902-1958. Apuntes para una historia de la lucha contra la discriminación racial*. La Habana: Ciencias Sociales, 1994:108
- 43- Fernández Castro, Silvio. *La masacre de los independientes de color en 1912*. La Habana: Ciencias Sociales, 2002: 85
- 44- Estas son las dos cifras en que se mueven las distintas estimaciones, aunque la verdadera nunca se sabrá. Helg, Aline. Ob. cit: 225
- 45- Deschamps Chapeaux, Pedro. Rafael. . . Ob. cit: 116
- 46- Nanda, B. R. Gandhi. España: Ediciones Cid, 1960: 113.
- 47- Nanda, B R. Ob. cit: 113-114
- 48- Reyna, José A. Gandhi y la no violencia. Venezuela: Monte Ávila, 1991: 61